

UNA PLAGA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1916.

La guerra europea ha traído a España un gran caudal de oro. Nuestros bancos se están aprovisionando de él. Del de España se dice que tiene ya la mitad de sus reservas en oro. El primer efecto de este hecho es que la peseta española se ha puesto en el cambio por encima de todas las demás monedas, no ya de las de los países beligerantes—el franco oscila hacia los 80 céntimos de peseta y la libra inglesa hacia las 22 pesetas,—sino hasta por encima de los dólares o pesos norteamericanos. Hay industriales que se arrepienten de haber hecho sus contratos con el extranjero pagaderos en francos o en libras y no en pesetas.

Más resulta, como es naturalísimo, que aunque algunos españoles se hayan enriquecido mucho y acaso el país todo resulte después de la guerra más rico que cuando empezó ella, hoy por hoy las subsistencias encarecen más que la peseta en el mercado extranjero y que no podemos comernos el oro ni hay muchas cosas que con él puedan comprarse, ese enriquecimiento es en gran parte ficticio. En gran parte decimos, y no del todo. Porque es indudable que los capitalistas españoles están adquiriendo muchos valores españoles que estaban en manos de extranjeros, que grandísima parte de nuestra deuda exterior va haciéndose interior. Dícese de una poderosa compañía ferroviaria española—que es uno de nuestros más grandes e influyentes poderes—que estuvo no hace mucho casi toda ella en manos de extranjeros, que el ochenta por ciento de sus acciones son ya de nacionales. Hay gentes que se prometen mucho para la economía nacional del enriquecimiento

que a una parte de nuestras regiones ha traído la guerra. Pero otros temen que le ocurra a España ahora lo que le ocurrió antaño con el oro que traía de América y es que pasaba por aquí para irse a los pueblos industriales que nos suministraban el producto de sus industrias.

A este efecto se habla mucho de la creación de industrias de que antes éramos tributarios del extranjero y del acrecentamiento y robustecimiento de otras que llevaban vida lánguida y no podían competir con sus similares de fuera. Pero en rigor, apenas se ve que los grandes capitalistas se preparen para lo que haya de seguir a la paz. A lo sumo los más de ellos piensan en la usura de los empréstitos de los países arruinados.

Dícese, para cohonestar la castiza cobardía del capitalista español y su horror a arriesgarse en obscuras empresas, que la instabilidad de las medidas de nuestros gobiernos, la falta de firmeza en un criterio económico y la agitación obrera no permiten que nadie se arriesgue. Pero creemos que aunque haya algo de eso, no es ello lo principal.

El español no rehuye tanto el arriesgar su dinero cuanto el tener que pensar lo que ha de hacer de él, el trabajar de una manera inteligente, de una manera que exija discurso. Abundan en nuestro pueblo bajo, o sea ineducado, y sobre todo en ciertas regiones, hombres de una asombrosa capacidad de trabajo, pero es cuando el trabajo es corriente, de rutina, algo así como el de una mula que saca agua de una noria, pero que no cabe contar con ellos cuando el trabajo haya de exigir reflexión o inventiva. Y abundan también los que se enriquecen llevando con honradez y escrupulosidad algún pequeño comercio, mas siempre que ello no exija idear procedimientos o innovarlos. Y no es, repetimos, que rehuían arriesgar su dinero cuan-

to discurrir el modo de arriesgarlo. Y la prueba está en que el mismo que no se esfuerza en inventar nuevos métodos de riesgo se entrega fácilmente a jugarse su fortuna a cualquier juego de azar, siquiera el de la lotería.

Esta plaga horrible del juego de azar, en efecto, arranca de una especial condición psíquica o de carácter, agravada por mala educación. La psicología del jugador se parece no poco a la del torero.

El torero es un sujeto que con tal de no tener que trabajar pasa hartos trabajos. Nada le importa jugarse la vida por tal de ganar a cada jugada lo que no ganaría en años acaso de un trabajo sostenido o que podría ganar lo pero teniendo que aguzar la inteligencia. Y al jugador le pasa lo mismo. Porque el jugador no es en el fondo más que un haragán y casi siempre un hombre de obtusa inteligencia. Esta obtusidad suele llevarle a cultivar todo género de supersticiones.

El juego de azar es en gran parte algo así como el alcohol, pues, del mismo modo que buscan excitación en éste los hombres de espíritu torpe y adormilado, que no son capaces de excitarse con el curso normal de los acontecimientos que nos ofrece el mundo, así buscan un excitante en la pasión del juego los incapaces de apasionarse por el juego de la historia y de la vida social y civil. La afición al juego de azar en un pueblo es un signo de ineducación social y de falta de civilidad, cuando no lo es de escasa mentalidad media. Los salvajes suelen ser borrachos y jugadores.

En esta temporada se ha tratado mucho en la prensa española de la cuestión del juego de azar y de si debe o no ser reglamentado, ya que estando, como está, prohibido por la ley, es, sin embargo, tolerado por las autoridades, y hasta, lo que es peor, mo-

nopolizada la tolerancia. Háse llevado una persistente y vigorosa campaña en la prensa—en la que se ha distinguido el semanario «Nuevo Mundo»—hasta conseguirse que se presentase en el senado un proyecto de reglamentación del juego. Pero habló contra él nuestro arzobispo de Tarragona, el simpático y batallador D. Antolín López Peláez, un prelado civil y muy español, oponiéndose a que se reglamentara, y sosteniendo que debe cumplirse rigurosamente la ley que lo prohíbe, y el presidente del consejo de ministros, después de un rifirrafe con el arzobispo, declaró que el gobierno no amparaba el proyecto, y éste ha muerto. Y no creemos que esta actitud del conde de Romanones fuera en beneficio de la prohibición, y, por lo tanto, del cumplimiento de la ley vigente, sino más bien en provecho de que continúe el régimen de tolerancia y hasta los monopolios de ésta, que es un régimen de efectos políticos o digamos más bien electoreros.

No es precisamente que los gobernadores de provincias se lucren de las subvenciones que algunos de ellos suelen recibir por tolerar el juego prohibido, resarciéndose así cuando han hecho de la política una carrera, de los perjuicios que les ocasionara la cesantía durante la época de oposición del partido, es que aun cuando el gobernador sea de los que decimos honrados, de los que no cobran por prevaricar en esto del juego, o quieren que se aprovechen los inspectores de policía, empleados de poco sueldo, o buscan sacar del juego recursos para aliviar ciertas miserias públicas,

o entienden más bien que las empresas explotadoras del juego prohibido son agencias electorales al servicio de los gobiernos que las toleran. El juego prohibido ha llegado a ser un arma electoral. Y hasta un medio de garantizar el orden público. A los revoltosos y que pudieran perturbarlo se les da ocupación en él.

O se tiene el caso del gran casino de San Sebastián, que amenaza convertir a esta hermosa y culta y laboriosa ciudad vasca en una especie de principado de Mónaco español. Y Mónaco es una de las mayores y más innobles vergüenzas de Europa; su independencia—al menos relativa—el más grande baldón que pueda concebirse. No sabemos si es o no nación neutral hoy, pero nos tememos que siga siendo después de esta guerra purificadora el nefando garito internacional que hoy es.

El caso de San Sebastián es que hay empeño en hacer de esa ciudad, que es corte durante buena parte del verano, un centro de atracción de forasteros, de extranjeros sobre todo, y como los encantos naturales de la ciudad no bastan, se ha ideado el del juego prohibido. Y merced a él acuden en verano a San Sebastián, como a la miel las moscas, no pocos aventureros y aventureras de alto bordo, de esos cosmopolitas, es decir, que no son de ninguna parte, y dejan allí su dinero, mas también todo la podredumbre moral y todo el pésimo ejemplo de semejante gentuza. La ciudad cree así enriquecerse, y en realidad se empobrece. Y, lo que es peor, pone en peligro su personalidad, su alma. Porque una ciudad tiene, como la tiene un hombre individual, su personalidad y su alma.



Muy bien está que con el oro que está entrando en España procuremos mejorar nuestras ciudades y nuestros lugares de modo que sea más grata

la estada en ellos para nuestros visitantes y que se viaje más cómoda y más rápidamente por aquí; pero sería un error, y hasta un error crematístico a la larga, querer atraer a todo ese tajo de señoritos aburridos y hueros y de damiselas insubstanciales que viajan por lo que dicen placer y que no saben dónde hallarlo. Esa turba de desarraigados es indeseable en todas partes. Y si España ha de ganar en atractivo para esa gentuza, perdiendo algo de la austeridad que todavía, gracias a Dios, le queda, más vale que sigan quejándose de nuestros hoteles y de nuestros trenes, muchos de los que al venir acá no habían visto más que malos paradores y habían viajado casi siempre en carreta. Que hasta esto se da.

Estando en Canarias me dijeron que no era tanto la bondad insuperable del clima cuanto la tolerancia del prohibido juego de azar lo que llevaba allí a muchos extranjeros, que iban a gastarse los cuartos a la vez que los pulmones que les quedaban.

Bien sé que este criterio hará que aparezca ante algunos lectores como un espíritu rancio, estrecho, pobre, vulgar, mastodóntico, como el de un hombre incomprensivo. Pero bien sabemos lo que para esas gentes, que así juzgan quiere decir la comprensión. Es natural que odien o que desprecien estos sermones, pero más odiamos nosotros la frivolidad que no es sino tontería. Y me moriré repitiendo que la falta de austeridad no es sino falta de inteligencia y que no es sino tontería, para tontería, tontería de remate, lo que atrae a esa gentuza del buen tono a los centros del lujo y del vicio. No siendo el vicio de pensar todos los demás arrancan de deficiencias mentales. Y claro está que no llamo vicios a las pasiones, a las fuertes pasiones, a las pasiones trágicas. Llamo vicio a la vaciedad de los espíritus que se tienen por refinados.

La guerra ha sido sin duda un gran revulsivo de la conciencia moral de los pueblos. Basta leer lo que escriben hoy aquellos escritores franceses inficionados antes de la guerra por los gases morales asfixiantes del París cosmopolita y artificial, de la Bolsa de los placeres, y hasta observar quiénes se han callado, quiénes han entonado el «¡yo peque!» y a quienes no se les hace ya caso. Y cuando esto ocurre fuera, cuando se empieza en serio a combatir ciertos vicios, y entre ellos el del lujo—propio éste de las gentes que andan escasas de sentido estético y pobres de gusto—sería triste cosa que aquí los fomentáramos para atraer a los viciosos, que suelen ser, repito, los menos inteligentes.

La campaña sostenida aquí últimamente contra la tolerancia del juego ha sido vigorosa. Pedíase o la prohibición, como es de ley, o la reglamentación; todo menos la tolerancia ilegal. No se ha logrado la reglamentación y parece que ahora va a aplicarse la prohibición legal. En este sentido se han pronunciado tres de los ministros: en el sentido de que se aplique estrictamente la ley. Y como va a empezar un año nuevo se hará, por ahora, lo que se llama justicia de enero. Pero vendrá el verano y las cosas cambiarán. Porque los explotadores de los juegos, prohibidos y los que en la esfera del poder los protegen—

por entender acaso que esos explotadores pueden alguna vez dar lustre y brillo a las altas instituciones y procurarles pasatiempos a la vez que atraen forasteros y admiradores de ellas—todos esos saben muy bien lo que es el cansancio de los que tienen que luchar día tras día contra las plagas públicas. Y luego no hay un verdadero y fuerte estado de opinión contra ese vicio en esta tierra de las corridas de toros y la lotería.

El juego es uno de los peores azotes de muchos de nuestros lugares y pequeñas villas, sobre todo de las menos industriosas. Lo que se llama el señorito de pueblo, ese innoble tipo de la degeneración y de la vagancia, es sobre todo jugador. Si no tiene la baraja en la mano o no se emborracha se duerme, y se duerme por cesación del pensamiento. Como no sea que esté discutiendo de tauromaquia o dando palique a alguna golfa.

Nos queda un remedio aparte de que el acrecentamiento de oro empuje a los capitalistas a instaurar nuevas industrias, a ampliar las antiguas y a cultivar con más intensidad y sobre todo con más atención inteligente nuestros campos, y el remedio que nos queda es que al asentarse la paz después de una guerra tan profundamente removedora se revuelvan aquí también los viejos y siempre nuevos problemas políticos y entremos en un período de crónica revolución, de actividad civil. Es mejor incluso andar a tiros por sí se ha de separar o no la Iglesia del Estado o por sí se ha de implantar el impuesto único o la jornada de ocho horas, que no el que los hombres se arruinen o se suiciden por el juego. El horror o aun el apartamiento de la política suele ir en los pueblos de par con el enfangamiento en la estupidez de los vicios. Apenas conozco jugador o borracho que tengan verdaderas convicciones políticas, ni religiosidad civil. Eso sí, con frecuencia es gente garrucha y muy reverente para con las venerables tradiciones de nuestros mayores. Y no recuerdo que nunca se haya denunciado desde el púlpito en ciudad alguna los excesos del juego y aun los del alcohol. El predicador católico se reserva para denunciar el pensamiento libre.

MIGUEL DE UNAMUNO. J

